

## Ser autor en la España del siglo XVIII

LORENZO ÁLVAREZ, ELENA DE (COORD.)

Gijón, Ediciones Trea, 2017, 525 pp.

Tras los trabajos sobre el canon en el haber del grupo PASO y la propuesta crítica de *La rúbrica del poeta* (Pedro Ruiz Pérez, 2009), un proyecto coordinado del Plan Estatal de I+D+i, *Sujeto e institución literaria en la edad moderna* (SILEM) viene canalizando durante el último lustro (2013-2018) los trabajos de dicho equipo para dar visibilidad a la figura del autor en los siglos XVI y XVIII. Los estudios se han sucedido, con títulos como «*Auctor in fabula*». *Imágenes y representaciones autoriales en el Siglo de Oro* (*Studia Aurea*, 2016; ed. Ignacio García Aguilar y Adrián J. Sáez); *Carrera literaria y representación autorial en la literatura del Siglo de Oro* (*eHumanista*, 2017; ed. Juan Montero y Antonio Sánchez Jiménez), *Controversias en la poesía española de la Edad Moderna (1600-1850)* (*eHumanista*, 2017; ed. Cipriano López Lorenzo y Ana Isabel Martín Puya) o *Sociología de la literatura hispánica: el autor y la institución literaria* (*Studi Ispanici*, 2018; ed. Pedro Ruiz Pérez), ade-

más de la serie de volúmenes en marcha resultantes del Congreso Internacional SILEM, celebrado el pasado enero de 2018. A esta amplia nómina de aportaciones se suma ahora el último impulso del grupo, *Ser autor en la España del siglo XVIII*, un ambicioso monográfico que pretende seguir ahondando en la interpretación de este complejo fenotipo.

En esta ocasión, el peso del volumen ha recaído sobre una finísima conoecedora del *gran siglo*, la profesora Elena de Lorenzo Álvarez, que con su buen hacer ha reunido los ensayos de dieciocho especialistas sobre otros tantos escritores del periodo. Su objetivo, como ella misma adelanta en la «Introducción» a la obra, ha sido el de ofrecer una *summa* de los diversos modos de ser autor en el siglo XVIII, una época clave en la que «se forja una conceptualización de la autoría que ya apunta hacia la modernidad y en que se palpa la transformación de la institución literaria en el plano ideológico, social, cultural y mate-

rial» (p. X). Atendiendo pues a esta motivación, Lorenzo Álvarez ha armado un libro que descansa sobre cuatro ejes: «cómo se convierte un escritor en autor, cuál es su concepción y práctica de la autoría, las dinámicas sociales y culturales a que responden estas prácticas y cómo se construye la imagen de cada autor» (p. X).

La fórmula escogida para organizar estos principios ha sido la cronología, así, los estudios se hilvanan atendiendo a la fecha de nacimiento de los distintos escritores. Desde el punto de vista del lector, esta *dispositio* es altamente funcional porque «permite percibir las pervivencias, tensiones y rupturas con que a lo largo del siglo se fraguan los modelos de identidad literaria y la representación social del sujeto literario» (p. X). No obstante, además de ello, la cronología es una herramienta muy útil para establecer una nutrida red de conexiones —como las tipologías textuales, elementos icnográficos o disputas literarias—; de la que Lorenzo Álvarez da cuenta, por extenso, en la «Introducción».

En lo que respecta al grueso de los trabajos, estos se abren con Ana Isabel Martín Puya («Gabriel Álvarez de Toledo: la práctica poética al servicio de la promoción social»).

Su aportación constituye un magnífico arranque, tanto por la ilustrativa síntesis que hace del cambio de centuria como por el cuidado análisis que lleva a cabo del poeta sevillano Gabriel Álvarez de Toledo. Y es que el dibujo que ofrece de él, desplegando un minucioso catálogo de obras, no solo permite vislumbrar a la perfección el paso hacia el Siglo de las Luces, sino que, además, deja al descubierto un retrato fuertemente marcado por la sociabilidad, la utilidad y la polémica, tres ideas esenciales para entender al hombre de letras dieciochesco.

Las nociones expuestas por Ana Isabel Martín Puya se amplían en los cuatro artículos que siguen. Estos pertenecen, respectivamente, a Virginia Gil Amate («Pedro de Peralta Barnuevo: el conocimiento, la razón y la esperanza»), Inmaculada Urzainqui Miqueleiz («Feijoo y su autorrepresentación»), Joaquín Álvarez Barrientos («Martín Sarmiento (1695-1772), o la escritura como gabinete de curiosidades») y Francisco Javier Álvarez Amo («Armado de punta en verso: la trayectoria poética de Eugenio Gerardo Lobo»). El primero de los trabajos, el de la profesora Gil Amate, es una reflexión muy interesante sobre el peruano Pedro de Peralta Barnue-

vo. Lamentablemente, este es el único ejemplo de escritor hispanoamericano que se recoge en el monográfico; no obstante, la soltura y originalidad con que Gil Amate aborda la caracterización literaria de este erudito —haciendo uso de testimonios de terceros— es una magnífica muestra de que el papel del intelectual criollo era análogo al de su pares de la metrópoli.

Por su parte, el trabajo de Inmaculada Urzainqui Miqueleiz trata sobre uno de los escritores más conocidos de toda la centuria: Feijoo. Su meta es reconstruir el discurso autorial del benedictino, «tomando como base sus propias declaraciones sobre sus inicios en el mundo editorial, las actitudes mentales que determinan su experiencia literaria, y los criterios que pautan su escritura» (p. 51). De este modo, oscilando continuamente entre la esfera de lo privado y lo público, la profesora Uzainqui Miqueleiz arma una completísima biografía literaria, llena de valiosísimos datos y un gran rigor, en la que sobresale un perfil fuertemente condicionado por el público.

La importancia de lo social y la recepción de la obra también son los hilos conductores del meritorio artículo de Joaquín Álvarez Barrientos («Martín Sarmiento (1695-1772),

o la escritura como gabinete de curiosidades»). Su meticuloso ensayo bucea en una tipología autorial bien distinta de las anteriores, la de un escritor que no fue «ni publicista, ni literario en sentido lato, ni historiador aunque a veces fungiera como tal, sino documentalista y asesor, experto en acumular datos e informaciones» (p. 86). Frente a él, se sitúa la ilustrativa aportación de Francisco Javier Álvarez Amo («Armado de punta en verso: la trayectoria poética de Eugenio Gerardo Lobo»), quien examina, con mucho detalle y precisión, una buena gavilla de textos del *cursus* literario de Eugenio Gerardo Lobo, un poeta-soldado que «reproduce a pequeña escala el común trayecto de la poesía lírica en las postrimerías del siglo XVII y comienzos del XVIII» (p. 123).

Tras estos trabajos se ubica la espléndida contribución de Ignacio García Aguilar («Carrera literaria e imagen autorial en Diego de Torres Villarroel»), que se pregunta por las relaciones del Picastor con el oficio de la literatura. El artículo de este profesor despunta por el acertado uso que hace de los paratextos como materia prima, lo que le permite exhibir, con una reseñable precisión filológica, la vertiente mercantilista del enmarañado perfil de Torres Villarroel. De acuerdo

con esto, el ensayo de García Aguilár es un óptimo ejemplo, llevado al extremo, de la nueva conciencia que empieza a asomar paulatinamente entre los escritores modernos, quienes, poco a poco, conciben la literatura como un oficio e, incluso —en el caso de Torres Villarroel—, una marca publicitaria que lleva aparejada una buena fuente de ingresos, pero también el reconocimiento del público.

En contraste con el estudio anterior por el perfil del sujeto, José Checa Beltrán («Ignacio de Luzán y su *autoimagen*») esboza el retrato literario de otro de los autores más conocidos de la época, Luzán. Su tarea, como él mismo indica, no es sencilla, ya que las obras del padre de la *Poética* «no suelen contener información sobre su imagen más personal: no poseen una subjetividad auténtica y, además, no revelan una estrategia identitaria relativa a ese ámbito íntimo» (p. 163). Atendiendo entonces a esta dificultad, y al ámbito privado de este escritor dieciochesco, Checa Beltrán esboza un complejo a la par que fascinante retrato de la personalidad literaria de Luzán, en el que la literatura se convierte en una estrategia de escala político-cultural.

Relacionados con la esfera de la sociabilidad están también los tra-

bajos de Tania Padilla («José Antonio Porcel y Salablanca: diletantismo, profesionalidad y desengaño») y Alberto Romero Ferrer («Ramón de la Cruz o el arte nuevo de hacer sainetes: *pensar como los sabios y hablar como el vulgo*»). La primera ensambla un admirable ensayo, basándose en dos caras de la personalidad de Porcel «que estarán siempre presentes, condicionando de forma continua cada una de sus decisiones: el ejercicio de la profesión eclesiástica y el ejercicio de la actividad literaria» (p. 186). Estas permiten a la autora explicar una concepción estética propia, que se mueve entre lo barroco y la novedad y que culmina con una brillante exposición de *El Adonis*. Por su parte, Romero Ferrer hace una contribución de valiosa novedad, estudiando la metamorfosis del teatro dieciochesco —que era hasta entonces propiedad casi exclusiva de los Moratines— en la pluma del sainetista Ramón de la Cruz, escritor que reúne «las emergentes complejidades que irán, a partir de ahora [...] asociadas a la figura del dramaturgo popular» (p. 212).

El meridiano de la obra viene marcado por uno de los aportes más finos del libro, el de Philippe Deacon («Nicolás Fernández de Moratín, apologista tenaz del cla-

sicismo literario»). En su caso, este prestigioso investigador hila un espléndido trabajo que tiene como piedra angular la cuestión biográfica. Así, partiendo de la problemática suscitada por la *vida* de don Nicolás, el profesor Deacon prueba con extraordinaria solvencia que «el perfil más auténtico de Moratín [es el que] se percibe en sus obras» (p. 257). De este modo, realiza un delicioso recorrido por el decurso literario del autor de la *Petimetra*, poniendo el acento en las distintas etapas del mismo. El resultado es un magnífico paseo por el *cursus* literario de Moratín, en el que se despliega una cantidad amplísima de recursos que pasan por los paratextos, las academias literarias o los cargos oficiales.

Por su parte, Miguel Ángel Lama («Cadalso, autor de bien»), Elena de Lorenzo («G. M. de Jovellanos: el literato y las máscaras traslúcidas») y Miguel Ángel Perdomo Batista («La rúbrica del satírico: Tomás de Iriarte y la construcción discursiva del autor») se ocupan de tres de los autores de más empaque de la Era de la Razón. Miguel Ángel Lama afronta el estudio de Cadalso desde una perspectiva original y amena, el carteo entre el escritor y sus amigos. Gracias a una cuidadísima y clara reconstrucción de su corresponden-

cia, nos presenta a un escritor en el que vida y escritura son inseparables, esto es, un «autor que va construyendo su imagen en la literatura; que va, conscientemente, componiendo, recomponiendo y ordenando su propia obra» (p. 271). De otro lado, Elena de Lorenzo Álvarez siluetea, con gran acierto, la figura de Jovellanos, valiéndose de su faceta de literato. Su ensayo pretende «redibujar cronológicamente la proyección pública contemporánea del dramaturgo, el poeta y el literato, reconstruir el contexto en que las obras fueron circulando y atender a los testimonios diseminados en los paratextos que acompañaron a las obras, el epistolario y el diario» (p. 282). Finalmente, el ensayo de Miguel Ángel Perdomo Batista continúa un trabajo anterior sobre el clan de los Iriarte, solo que, esta vez, el investigador se centra en Tomás y en la sátira, «que facilita las referencias metaficcionales al yo del autor y al público, en las polémicas literarias y, como culminación, en las *fábulas*, que conforman una verdadera deontología del oficio literario» (p. 317).

A renglón seguido aparece el estudio de Rodrigo Olay Valdés («Meléndez Valdés: una carrera poética en los circuitos del poder»), quien propone una lectura

muy fina de la carrera de Meléndez Valdés, basándose en dos premisas: la autoexigencia del autor, que cuida sus publicaciones en prensa y pliegos sueltos; y su habilidad para alcanzar los circuitos de poder político. De este modo, a través de un espléndido manejo de la bibliografía del autor, Olay Valdés escudriña cómo su autor utiliza la literatura para «ascender de posición social, intelectual y económica» (p. 357), y lo hace tratando, incluso, su fama póstuma.

Seguidamente, Fernando Durán López («Las vigiliias eruditas de José de Vargas Ponce») moldea un enjundioso ensayo en el que cifra la personalidad literaria de Vargas Ponce, un marino que busca a toda costa ser autor. Uno de los puntos más destacables de su trabajo es, sin duda, la concisión de su planteamiento. Y es que, valiéndose solo de dos motivos —centro/periferia y público/privado—, Durán López delinea, con sumo detalle, la transformación de Vargas Ponce de un autor privado a un autor que intenta acercarse al público. Ahora bien, además de su planteamiento, el trabajo de Durán López resalta también por el cuidado comentario de las diferentes estrategias que utiliza Vargas Ponce para situarse en el *establishment* literario de la época.

Una reflexión sobre los Moratines y cómo la posteridad ha querido enredar estas dos figuras en una sola es el punto de partida de Jesús Pérez Magallón («Leandro Fernández de Moratín, la corona cómica y la corona lírica»), quien dedica su trabajo a explorar la forma «en la que Leandro Fernández de Moratín [...] trató de construir la imagen de su padre y, muy especialmente, la de sí mismo como algo más que un sujeto literario a partir de su aposentamiento en Francia después de la restauración de Fernando VII» (p. 399). Para ello, usa como hilo conductor una buena mano de paratextos que le permiten estudiar lo que ha denominado las dos *coronas* de Moratín. Así, a través de una oportuna explicación de la faceta teatral y poética del escritor de *El sí de las niñas*, Pérez Magallón logra configurar un sólido entramado de características que demuestran que, si bien Nicolás y Leandro compartían la misma preocupación —remodelar el teatro con arreglo a los preceptos clásicos—, en realidad eran distintos.

Tras este artículo, María Jesús García Garrosa («María Rosa de Gálvez: la ambición del Parnaso») bucea en el perfil de la única escritora del monográfico, la dramaturga María Rosa Gálvez. Siguiendo

la estela de los *gender studies*, esta profesora toca, de forma aguda, múltiples aspectos de la personalidad de Gálvez, como su concepción de la escritura —condicionada por lo comercial y lo literario—, sus estrategias de inserción en el campo literario de la época o su concepto de fama. Con todo, a pesar de lo valioso de sus ideas y conclusiones, el magnífico trabajo de García Garrrosa resalta, en su conjunto, por su doble valor, ya que, además de hacer hincapié en la representación de Gálvez como una *rara avis* que logró triunfar en la república de las letras dieciochescas, su ensayo es una oportunísima radiografía del papel de la mujer escritora en un mundo fundamentalmente masculino.

Después de esta última contribución pone el cierre a los estudios Rosa María Adrada Sánchez («Concepto de autor y sujeto literario en Manuel José Quintana»), quien se centra en los compases finales de la Ilustración. En concreto, analiza desde el ángulo de la Teoría de la Literatura varios flancos de la imagen autorial de Quintana. Así, se preocupa de la forma en que este configura su retrato, tanto a nivel literario como a nivel crítico. Precisamente, el detallado análisis que la profesora Adrada Sánchez hace de la veta crítica de Quintana es uno

de los mejores aspectos del ensayo, porque cifra muchos de los cambios estéticos que conducen hacia el Romanticismo, y, al mismo tiempo, permite ver, en este autor, a «uno de los pioneros en la construcción y defensa del canon de la poesía contemporánea» (p. 469).

Al término de los artículos, se remata el volumen con una coda elaborada por Pedro Ruiz Pérez («El sujeto autorial dieciochesco: a partir de una *Fama póstuma*»). Una vez más, este profesor hace gala de su acostumbrada erudición, tocando un tema sugerido, de una u otra forma, en todas las intervenciones del monográfico, la fama. Con esta cuestión como telón de fondo, el profesor Ruiz Pérez pasa revista a las bifurcaciones de la canonización literaria en la Modernidad, dirigiendo su interés hacia una *Fama póstuma* de Benegasi, autor que aparece doblemente reflejado en este libro. Según viene siendo habitual en sus escritos, Ruiz Pérez examina la obra con suma pulcritud, dilucidando cada parte de la misma con preciosos datos y sustanciosas ideas, que se van entrelazando para dar paso a una lección magistral sobre el concepto de autor. En ella, este estudioso aglutina todas las ideas diseminadas por el libro y las une, creando un texto de

inmenso valor con el que se pone el indiscutible broche de oro al monográfico.

En definitiva, el conjunto de estudios recopilados por Elena de Lorenzo Álvarez es un producto redondo, lleno de coherencia y erudición, que destaca por sus muchas virtudes. Entre ellas cabe citar el lustre de los estudiosos que participan en el volumen, la multiplicidad de casos presentados, las numerosas herramientas con que se sustentan los diferentes ensayos o la profundidad y calidad de las ideas expuestas. La suma de estos ingredientes, por tanto, hace de *Ser autor en la España del siglo XVIII* un trabajo de obligada consulta para el interesado en el siglo XVIII y la problemática del sujeto autorial.

Elisabet M. Rascón García  
Universidad de Huelva